

*casa encendida*, y no sólo porque unos y otros guardan una extensión similar en su brevedad, sino porque tienen la función de separar los distintos capítulos e invitar a la reflexión, frente al tono predominantemente narrativo de los largos poemas que integran las diversas partes de *La casa encendida*. La descripción que el yo poético realiza de sí mismo en esta primera entrega de *El contenido del corazón* es la de un personaje desmemoriado [31] y desarraigado que necesita recuperar su identidad, que precisa de la palabra para recobrar su pasado y con él su dolor, y en esta incertidumbre se reconoce, en ella y en sus palabras, que son las que hilvanarán su memoria a lo largo de los capítulos sucesivos, porque las palabras crean la realidad. El poeta es consciente de que se halla ante una nueva etapa, y frente a este comienzo recrea literariamente su identidad merced a la escritura: «la palabra del alma es la memoria», nos recordará insistentemente en *Rimas* y *La casa encendida*. Porque al principio fue el Verbo, y son las palabras las que pueden lograr reintegrar su vida, exactamente igual a como sucede en *La casa encendida*.

Siguiendo en esta misma línea cabe subrayar que es en estas primeras entregas cuando aparece un tema clave en la poética de Rosales: la identidad ligada a la obtención, recuperación o reafirmación de la personalidad a través del nombre. Se trata de una idea que vertebra toda tu obra y que se vuelve crucial en esta década, al destacarse en libros tan señeros como *Rimas* o *La casa encendida*; pero es ahora cuando significativamente se aborda por vez primera esta cuestión, y se plantea ligada a la idea del amor, a una mujer, como también sucede en *Rimas* y en el tercer capítulo de *La casa encendida*. Somos porque nos nombran, y también porque nos nombramos, y cada vez que esto ocurre volvemos a nacer, como en una nueva génesis. De igual modo, en estas primeras entregas aparece una amiga a la que el yo poético identifica con el presente y el futuro, con la reflexión sobre el nombrar y el renacer vital a través del verbo, al tiempo que la figura de la madre —que irá adquiriendo un peso cada vez mayor— se identifica con la memoria y el pasado, exactamente igual a como sucede en *La casa encendida*. Por otro lado, podemos constatar como muchas de las frases que en *La casa encendida* se convierten en leitmotivs, habían aparecido ya con anterioridad en estas primeras entregas. Así,

en *La casa encendida* leemos que «la tristeza es anterior al hombre, es la tierra del hombre» [32], que remite a ese dolor que se asienta en el ser del hombre, máxima que aparece en la segunda entrega de *El contenido del corazón*. Y un poco más tarde: «No tendrás verdadero conocimiento de los hombres mientras no les (sic) conozcas doloridos (...) Las personas que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir» [33], frase esta última que se repite exactamente igual en *La casa encendida*, por dos veces –en la edición de 1949– y en mayúsculas [34], para que quede claro, para que no se olvide. E incluso: «Y todo, quizás, era lo mismo que era ayer, ¡y todo tan distinto!» [35], que está en la base del reiterativo «porque todo es igual y tú lo sabes», así como del posterior «porque todo es distinto y tú lo sabes». La íntima conexión entre estas primeras entregas de *El contenido del corazón* y de *La casa encendida* resulta de una impecable nitidez.

Paralelamente, en ambas obras se abordan los mismos temas: la hermandad de las cosas, el conflicto de la identidad, la reflexión sobre la temporalidad, la preeminencia del dolor y de la experiencia, el proceso de aprendizaje y de iniciación que emprende el yo poético –aspecto este último posteriormente eliminado para la edición en volumen de *El contenido del corazón*, ya que será ampliamente desarrollado en *La casa encendida*–, el desamparo del yo... Asimismo, igual que sucede con *Rimas*, en las sucesivas reediciones de *El contenido del corazón* Rosales eliminaría sistemáticamente aquellos fragmentos de estas primeras entregas que pudiesen presentar excesivos paralelismos con *La casa encendida*. Una cosa era admitir que *La casa encendida* surgía, emocional, afectivamente, de *El contenido del corazón*, y otra muy distinta reconocer hasta qué extremo –formal, temático y estructural– *La casa encendida* era excesivamente deudora de esas primeras entregas, como también lo era, y seguidamente lo pasaremos a demostrar, de *Rimas*.

Uno de los ejemplos más llamativos de lo imprescindible que resulta cotejar las diferentes versiones de los textos para poder analizar con profundidad la obra literaria de cualquier creador –y en mucha mayor medida cuando el propio autor admite, como señalamos con anterioridad, «corregir hasta en pruebas» –, es el que agrupa las diferentes versiones [36] que Rosales realizó del

famoso soneto que, a modo de «Zaguán», abre *La casa encendida*, y cuya primera versión fue publicada en el número de noviembre-diciembre de 1943 de la revista Escorial. Cabe señalar que la existencia de dicha versión había permanecido en el olvido hasta este momento.

Centrándonos en el contenido del poema, debemos anotar que no es la primera ocasión que en la poesía de Rosales aparecen los símbolos del árbol y del bosque –tal como se comprueba en la endecha «Verano», de 1937; en el soneto que cerraba Retablo Sacro del Nacimiento del Señor; o en un poema publicado también en Escorial en noviembre de 1942, «El bosque de miel», en homenaje a San Juan de la Cruz—. Dichos símbolos van a ser cruciales en la poética del autor granadino, especialmente en los dos libros clave de esta etapa, *Rimas* y *La casa encendida*. Cuando en los poemas de Rosales nos encontramos con la imagen del bosque relacionado con los muertos, no estamos frente a una imagen angustiosa de la muerte, sino alegre, esperanzadora, en plenitud. En esta poesía la figura del árbol simboliza la existencia, ya que podemos establecer un vínculo antropomórfico entre la hechura del árbol y la del ser humano, y asociar la forma de aquel con la evolución de la vida, desde el nacimiento a la muerte: las raíces hundidas en la tierra, la materia, mientras las ramas se orientan hacia el cielo, el espíritu. El conjunto de árboles, el bosque, multiplica este simbolismo mediador entre la tierra y el cielo, representando la clave más idónea para encarnar la potencialidad vital de la muerte. En la arboleda halla Rosales el símbolo más indicado para expresar su idea de una muerte que no implica la desaparición, la anulación, sino que enriquece la vida: la potencia, la ilumina espiritualmente. El bosque, por tanto, es el símbolo clave de este «Zaguán», de este espacio crucial que nos encontramos a la entrada de *La casa encendida*, y casa también a su vez, ámbito en el que convergen todos los tiempos y todos los espacios. El propósito del poema no es otro que plasmar ese movimiento al unísono de la carne y del alma brotando de ese «temblor junto a la memoria», borrando las fronteras del espacio y del tiempo para que el tú, el lector, y el poeta –y por extensión el resto de la humanidad– superen sus limitaciones físicas y psíquicas y converjan hacia el principio del tiempo y del mundo, aboliendo espacio y